

The background is a gradient of blue shades, from a light sky blue at the top to a deep navy blue at the bottom. A large, curved, semi-transparent shape in a medium blue color sweeps across the middle of the frame, creating a sense of movement and depth. The text is centered within this shape.

# A propósito del género Crónica

# A propósito del género Crónica

El taller de crónica

Harold Kremer

## I

Hace algunos años, intentando encontrar un acertado camino que me permitiera cautivar para la lectura y escritura a los estudiantes de un colegio de Cali, llegué por azar a la crónica. El cuento, varias veces contado, partió de una pregunta que me había planteado tiempo atrás, y que quiero repetir ahora: ¿cómo seducir para la literatura a un grupo de estudiantes bombardeados por la mediocridad e inmediatez de los medios audiovisuales, por la carencia de tradición familiar en la lectura, por teorías que eliminan el texto literario y por relatos alejados de su propia realidad?

La respuesta empezó con el cuento y, sobretodo, el minicuento. La brevedad permitía el que un texto pudiera leerse y analizarse en una sesión. Y después de levantar la historia y observar el tratamiento en el relato se recurría a un ejercicio que involucraba las posibles historias “reales”, conocidas o vivenciadas por ellos, similares, si se quiere, o parecidas a la del relato leído.

Descubrí que un texto, además de la verosimilitud de su propio universo narrativo, era mucho más creíble para los estudiantes si se asemejaba en algo al mundo real. Y esta segunda verosimilitud, tan ajena y cercana a un relato literario, era la que los atraía a la lectura y a la iniciativa de crear sus propias narraciones; es decir, producir textos en donde todo lo que se cuenta sucedió en la vida real y es verdad de principio a fin.

Si observamos un poco esta “visión” de la literatura, diríamos que es tan antigua como el hombre

mismo, y está inscrita en la tradición oral. Ante la carencia del hábito de la lectura por diferentes motivos, algunos enunciados arriba, lo oral permite el acercarse a relatos en donde prevalece el concepto de lo real. Cualquiera persona o grupo humano, independientemente de su cultura, de su educación, de su situación política o social es poseedor de narraciones propias o ajenas, que la mayoría de las veces valora positivamente por la cercanía que estas tengan con la realidad. Colombia está llena de estas historias que tocan temas como el narcotráfico, el desplazamiento de campesinos, la colonización, la inmigración, el secuestro, la prostitución, la cárcel y muchas más que nos acercan a vidas cotidianas, a la salud pública, a la sexualidad, a la religión, etc. Historias que se pueden inscribir en la épica, en el romanticismo, en el realismo, en la biografía, dependiendo del énfasis y de la visión que cada narrador le dé al relato.

Sin embargo, el problema con estas historias está en el tratamiento que se les da en el nivel del relato. La queja de García Márquez, en los años 50, sobre la literatura de la violencia que se producía en esos momentos, apunta no al nivel de la historia sino al del relato. La misma queja de Julio Cortázar cuando le contaban en ferias o en fiestas historias para que las escribiera, apunta también hacia este nivel. Del mismo problema se lamentaba Manuel Mejía Vallejo, en los setenta y los ochenta, cuando era jurado de la mayoría de concursos de cuentos en Colombia. Decía Manuel que los jóvenes escritores pasaban una noche con alguna novia haciendo el amor y luego, inocentes e ingenuos, escribían un cuento sobre sus sensaciones e impresiones alegando que lo escrito era de verdad vivido y sentido.

Lo cierto es que no basta tener una buena historia para escribir un buen cuento o un buen relato. La oralidad, quizás por su inmediatez, la carencia de referencias culturales y la falta de reflexión, no permite que muchas de ellas logren alcanzar la efectividad de un relato escrito. Homero y los aedos lo sabían y, por eso, desde niños se les entrenaba en técnicas que les permitían construir narraciones orales, técnicas como la organización de las rapsodias, la entrada de un personaje, la construcción de un narrador y otras que los llevaban por el camino del buen relato.

Julio Cortázar en el artículo *Algunos aspectos del cuento* (Cuba, 1963), señala que “en literatura no hay temas buenos ni temas malos; hay solamente un buen o un mal tratamiento del tema”. El qué (qué se cuenta) y el cómo (cómo se cuenta) son los dos niveles de un relato. Es decir, el contenido y la forma, como lo nombraban los críticos en los años cincuenta. La historia y el relato como se llama hoy en día. El escritor trabaja en un noventa por ciento en el nivel del relato; la historia es lo de menos. El escritor despliega técnicas narrativas como el narrador, construcción de capítulos

y escenas, retrospectivas, proyecciones, lo verosímil, elementos implícitos y explícitos, la polifonía, el dato escondido, y también despliega sus obsesiones, su sensibilidad, su época, su visión del mundo y parte de la literatura que lo precedió.

## II

Lo común en la literatura y la crónica es que son relatos que parten de la realidad. Lo diferente es que mientras en literatura (o en parte de ella) todo es inventado, en la crónica existe el propósito de que todo lo narrado es verdad, que todo sucedió en la vida real. “El arte es una mentira que nos hace ver la realidad”, decía Picasso, y la crónica es una verdad que nos acerca a la realidad; así, por ejemplo, el italiano Antonio Pigafetta, posible lector de novelas de caballería y atacado quizás por la malaria, haya visto en nuestra América de los conquistadores, animales y seres que sólo estaban en el imaginario de toda la Europa del siglo XV.

## III

En la década de los sesenta, el gran fresco social norteamericano es sacudido por cambios y convicciones ideológicas profundas que replantean una visión nueva en las costumbres políticas, sociales, sexuales, musicales y literarias. Es la época de la guerra del Vietnam, del surgimiento y protesta del llamado “poder negro”, de los hippies, de la llamada “liberación sexual”, de los Beatles y de la idealización del consumo en la obra de arte.

Los escritores de ficción fueron incapaces de escribir lo que estaba sucediendo porque, según Tom Wolfe, “andaban haciendo novelas de ideas”. Novelas en las que se suprimía la sociedad,

las costumbres, la tradición novelística norteamericana y hasta las ideas mismas. Y paralelamente crece una escuela, forjada en la reportería periodística, que se plantea una nueva escritura frente a lo real.

Esa escuela, llamada años después Nuevo periodismo, elaboró un periodismo investigativo, usando técnicas de la literatura realista, del trabajo de campo antropológico y de la investigación policíaca, buscando con ello producir relatos con “el simbolismo moderno”.